

ALMA CENA
DE FRUTOS LITERARIOS.



Semanario de Palma.

JUEVES 19 DE DICIEMBRE DE 1844.

UN VIAJE

AL MONASTERIO DEL ESCORIAL.

«Señores, las cuatro,» gritó el mayoral de la diligencia que iba á marchar al Escorial, á todos los que reunidos en la administracion de carruages del Sr. Arpa y respirando el fresco ambiente de la madrugada de un dia del mes de agosto último, aguardábamos con ansia que sonase aquella hora. «¡Al coche, señores!» repitió el mayoral, y cada uno fué á ocupar su respectivo asiento, haciéndolo yo en la berlina acompañado de mi hermano y de un íntimo amigo. El chasquido del látigo y un movimiento de oscilacion que experimentamos, nos hizo conocer que aquella máquina dejaba el estado inmóvil en que hasta entónces habia permanecido. Con efecto, caminaba hácia la Puerta del Sol, dejando atras las elegantes casas de la calle mas hermosa de la capital, y enfrontando con la iglesia del Buen-Suceso, de cuya fachada un mes hacia habia desaparecido la piedra en que por tres años estuvo escrito el último nombre de la calle. Al notar lo, no pude ménos de esclamar: «ché aquí la fortuna, el hombre en quien ayer se sonreia, hoy le abandona á merced de la indiferencia del olvido. El hombre ensalzado hasta las nubes, que habitaba hace poco régios alcázares y ponía el pie junto las gradas del trono, ahora proscripto en tierras estrañas, busca un techo que le guarezca y pisa

la arena del Támesis con el corazón encogido por el remordimiento del mal que hizo, y atormentado por el recuerdo del bien que pudo hacer.»

Engolfado en estos pensamientos, atravesamos la capital, y el sencillo y elegante arco de la puerta de San Vicente, apercibiéndonos de ello la húmeda brisa del pobre Manzanares que refrescaba nuestra frente.

Andando el tiempo, cruzamos el río que lame el palacio de nuestros reyes, y dejando los montes del Pardo á la derecha, tomamos el camino que al Escorial se dirige y pasa por Aravaca, ambas Rozas y Galapagar. ¡Qué consideracion no ofrece al pasar por esos miserables pueblos el recuerdo de la orgullosa corte! Recuérdase entónces el palacio y la choza; el hombre rico en medio de sus grandezas, y el pobre rodeado de sus harapos que trabaja en beneficio de aquel que explota su sudor y sus fuerzas. Asi parece que la opulenta poblacion, no contenta con los capitales de sus banqueros y las libreas de sus señores, tiene puestas á los pies á todas esas pequeñas aldeas para que trabajen en obsequio suyo y la ofrezcan la mies y el pámpano con que ha de existir y aumentar sus goces! ¡Idea triste á la verdad, mitigada solamente considerando la inocencia de la vida del campo, y el tumulto y sin sabores de la corte.

Pasamos Galapagar caminando por aquel terreno de transicion entre llano y sierra; hasta que nos hallamos en un sitio delicioso poblado de abundantes arboledas y pequeños arroyuelos que forman la perspectiva mas bella y agradable. La alta y magestuosa colina del Guadarrama se nos presentaba á lo lejos tocando el cielo con sus cimas. En la faldita de esa sierra que separa las dos Castillas y hácia la parte del Mediodia y del antiguo reino de Toledo, junto al monte mas oscuro que los otros, distinguimos un objeto blanco, mas no un objeto cualquiera. Era una cosa sublime, grandiosa, imponente; el alma de aquel cuadro vivo de la naturaleza; la obra del hombre compitiendo con la de la creacion, era por último el monasterio de San Lorenzo. Desde aquella distancia se asemeja á el cisne posando en un lago de aguas turbias. Avidos deseamos llegar á esa obra colosal, página inmensa del reinado del monarca de los dos mundos; sentiamos tener que pestañear porque en tan inapercibibles instantes dejásemos de contemplar aquella cúpula, aquellas torres, aquel conjunto de admiracion de propios y estrangeros. ¡Cuántos gratos pensamientos se aglomeraron en nosotros! la santidad del objeto, la religion del monarca, lo acabado del plan, la eleccion del sitio, las glorias de España y otros mil y mil, cautivaron nuestra imaginacion en aquellos momentos.

Hubo entónces un instante en que olvidamos las aberraciones de nuestro país; y nos envanecemos con ser españoles, porque todo lo grande y lo sublime está allí contenido. Allí está Dios reverenciado, allí hay religion, allí está respetada la memoria del monarca, allí hay trono, allí está el recuerdo de San Quintin, allí hay patria y gloria. No mira el piloto con mas deseos aproximarse el puerto en medio de la ola, que nosotros mirábamos acercarse ese magestuoso edificio, belleza del pensamiento y maravilla del arte. En él estaba entónces contenida toda nuestra ilusion. Codiciábamos como el azor que se arroja sobre la presa, arrojarnos tambien en ese sitio de encanto, respirar el aire que le rodea y saciar en él nuestro entusiasmo.

Al poco tiempo tocábamos en el pueblo del Escorial de abajo y no á mucho por lo tanto paraba la diligencia en el de arriba ó sea San Lorenzo.

Nada hay mas cansado para el que viaja que el tiempo que media desde que llega al pueblo donde se dirigia hasta que ve el objeto que motivó su ida. Por eso el tiempo que tardé yo en ver el precioso monasterio no fué muy largo. Acompañado de una persona respetable, y en cuyo fino obsequio tributo este recuerdo, fuí á admirar la magestuosa fachada de aquella imponente mole cuya figura es la de un paralelógramo rectángulo de mas de 5000 pies de circunferencia. Su elevacion proporcionada, la piedra berroqueña ó de granito que forma su materia, sus cubiertos vestidos de piedra azul y en muchas partes de planchas de plomo, la severidad del estilo arquitectónico, en la mayor parte de órden dórico y por último el destino filosófico de este sepulcro de la grandeza humana, despiertan á la par que las inspiraciones del genio, las sensaciones mas profundas é indelebles; sensaciones que se aumentan en extremo al penetrar en su interior en el que se encuentra todo lo que el arte puede crear de mas acabado y perfecto.

El patio de oficios ó la compañía, es lo primero que vimos del interior del monasterio. En ese lugar era á donde la mayor parte de los hombres del pueblo se dedicaban á algun trabajo útil para el establecimiento y para ellos mismos, en tiempos en que estaba al cuidado de los monjes aquel edificio. Considerable número de brazos se dedicaban allí en penetrar el corazon de un tronco con la sierra, en dividir el vidrio con el diamante, y en configurar y pulir el hierro con la lima. Aquel patio era toda una población; pero no una población muella y ociosa; era industriosa, artista, rica. Los monges estaban á su frente, los monjes que cantaban á el Señor, enseñaban y sustentaban á su pueblo. Hoy han desaparecido: y aquel patio está solo, en silencio, sin vida; las puertas de los talleres cerradas y enmohecidas por la intemperie; los brazos que en ellos se agitaban parados; las familias que comian sin alimento, y nosotros que poco antes hubimos dado tréguas al dolor que como buenos hijos de nuestra patria nos causan sus desgracias, sentimos vivamente que el espíritu trastornador de que en alguna ocasion ha sido agitada, hubiese destruido, en vez de reformado una institucion piadosa, cuya falta en aquel edificio echamos de ver á los primeros pasos, y que con sobrado fundamento presentiamos no seria la sola vez, ni la que mas imperiosamente nós la haria experimentar.

Atravesados el patio y diferentes corredores, nos hallamos colocados al pie de la escalera principal. ¡Qué momento aquel! Una sensacion de sorpresa vino á apoderarse de nosotros; la frente se inclinaba bajo el peso abrumador de tanta grandeza, y el pie no se atrevia á hacer asiento sobre aquellos escalones de piedra de dimensiones colosales y formados de una sola pieza. ¡Qué conjunto tan sublime! ¡qué frescos aquellos en que el inmortal Jordan pintó á San Lorenzo, batalla de San Quintín y á Felipe II, y los célebres arquitectos presentándole el plano de la obra! El colorido compite con el contorno, la verdad con la fantasía, el pensamiento con

la ejecución. ¡Qué propiedad y oportunidad en la elección de ellas! Aquellas pinturas están vivas, hablan, dicen la historia toda de aquel magnífico monumento. San Lorenzo manifiesta, cual es el Santo titular, la batalla de San Quintín ganada por el rey de España en 10 de agosto de 1557, representa el voto que Felipe II hizo si vencía, y Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera los afortunados arquitectos. Subimos por aquella espaciosa escalinata, arrojando la vista sobre tan preciosos objetos, y expandiendo el corazón en entusiasmo cuando al ver un pedazo de la pintura de uno de los frescos descascarado y una grande hendidura sobre un pendaño de los del tramo primero, una ligera arruga de tristeza se marcó en nuestra frente. ¡Qué lástima! prorumpimos, el tiempo, el tiempo que no pasa impunemente sobre la cabeza de ningún hombre, ha llegado también hasta aquí, y ha clavado la segur sobre ese lienzo que debiera haber vivido durante una sola piedra de todo el edificio se hubiese conservado. El amigo que de ciceroni nos servía, nos hizo conocer el error en que estábamos. Aquel deterioro que creíamos efecto del abandono y de los años, es la obra del talento del artista, es un capricho del artífice; pero un capricho tan perfecto, tan maravillosamente ejecutado, que es lo más sorprendente y admirable en aquel sitio. Aquella que parece imperfección es la perfección más grande y el vuelo más alto con que el talento del hombre puede recorrer la inmensidad de sus fuerzas y de sus deseos.

Después de recorrer los anchurosos claustros y contemplar sus preciosas pinturas, la elegante biblioteca vino á absorvernó toda la atención, ofreciéndonos las bellezas y primores que encierra. La biblioteca es el justo homenaje rendido al talento y el tributo pagado á las letras. Encerrados en unos magníficos estantes y encuadernados con oro y preciosas pieles existen en más de 24,000 volúmenes los sublimes pensamientos, las brillantes concepciones producto del ingenio y del estudio de los grandes hombres de todas las edades, de todas las naciones y de todas las carreras. El siglo de Platon y el siglo de Kranse. La Grecia y la Francia, la Arabia y la Alemania; las opinables teorías y los indestructibles axiomas, la doctrina evangélica y los errores cismáticos están allí en una sola sala, bajo un mismo techo. El hombre que los examina llora sobre unos las desgracias que sus máximas han ocasionado; en otros se consuela al ver los destellos esplendorosos que sus verdades arrojan, pero en todos respeta el talento, se inclina ante la luz del entendimiento y bendice á Dios, señor y autor de don tan apreciable.

Los frescos que coronan toda la estantería, en su mayor parte debidos al inolvidable Bartolomé de Carducho no son de menor mérito ni de menos gusto que los que nacidos del pincel de Jordan cautivan en la escalera.

La filosofía, madre y fuente de todos los conocimientos, está pintada en el lienzo de enfrente: En los laterales lo están la agricultura, la astronomía, la aritmética, la medicina, lo moral, la elocuencia y demás ciencias, cerrando á todas ellas la teología á sea el conocimiento de Dios, como indicándonos que todas las ciencias deben encaminarse á un solo fin, que es la alabanza, la veneración del que es trono de la sabiduría y dispensador de los talentos.

Entre los diferentes libros que tuvimos el gusto de ver fué uno el *Alcoran*, preciosamente escrito y dibujado con el oro, si bien sin hallarse en él una sola figura, porque la religion mahometana no lo permite; si hubiéramos entendido aquella cifra, aquella taquígrafia peculiar, en que están escritos los fundamentos y máximas de la religion mahometana, ¡cuánto hubiéramos conocido su falsedad al lado de la verdad y grandeza de nuestra fe evangélica! ¡Qué de diferencias no hubiéramos encontrado entre el espíritu de amor, de paz, de caridad, que se derrama por toda la doctrina del hombre justo, y la idea de exclusivismo, de vasallage y de intolerancia de que están empapadas todas las máximas del profeta falso! ¡Qué distancia no habríamos hallado entre la religion nuestra, que ilustra la razon, perfecciona el entendimiento y dota al hombre de libertad y le asemeja al ángel, y la religion de esos miserables creyentes que, cual pirámide que tiene por base la ignorancia, la estupidez por centro y la esclavitud por cúpula, hace del hombre un bruto y de su conciencia un extravío! Mas no solo al ver este libro es la religion la única quien inflama al pecho, es tambien la llama de la patria en la que arde, porque aquel ejemplar fué cogido por D. Juan de Austria al hacer presa la capitana turca en la gloriosa batalla de Lepanto. Por eso al ver ese ejemplar no solo aparece la cruz resplandeciente, brillante, flotando sobre los mares y tocando los cielos, y la media luna destrozada, errante, sumergida baja las aguas y llegando á los abismos, sino que se presenta tambien el recuerdo de un imperio vencedor, fuerte, estenso, que no veia el sol acostarse en sus dominios. De este imperio, ¿qué nos queda hoy? Solo la memoria.

Igualmente tuvimos el gusto de tener en nuestras manos el breviario que frecuentemente estaba en las hermosas de la ilustre princesa que quitó de ellas las sortijas y anillos que las adornaban para comprar una escuadra al inmortal genovés que á poco despues habia de ofrecer á la corona de España el mas bello floron, la joya mas preciosa con que se ha adornado. Abandonamos al cabo de un buen rato aquella mansion del saber y de la inteligencia humana con las emociones mas halagüeñas, y no sin haber ántes arrojado una mirada hácia los magníficos retratos de Carlos I y Felipe II, obras del célebre Cruz de Pantoja.

La hora avanzada y lo mucho que nos habíamos detenido en examinar cuanto vimos nos obligó á renunciar por aquel dia á mas objetos, paseando no obstante por el ancho y espacioso patio de los Evangelistas, admirando el gracioso y elegante templete de su centro y saliendo de aquel edificio con la imaginacion abrumada con separar y coordinar tanto como nos habian enseñado, la memoria atormentada con recordar tantas preciosidades y el corazon abriéndose á la esperanza del dia de mañana, ávido de nuevas maravillas. Porque con efecto y sin temor de pasar por exagerado, cada paso que se da en el monasterio del Escorial ofrece un nuevo objeto: este objeto crea una idea siempre sublime, despierta un pensamiento siempre grande, que hace bendecir á Dios, y envidiar al artista.

La tarde la pasamos disfrutando el fresco y puro ambiente que los jardines del monasterio nos ofrecian y los alrededores del pueblo, sitios her-

mosos en los que el alma siente y se impresiona de una natural y deliciosa poesía.

Al día siguiente pasábamos por debajo de la gigante punta que corresponde á la fachada que mira al Poniente y es la principal, donde despues de un bello pórtico ó zaguan se halla el gran patio de los Reyes, llamado así por las seis estatuas colosales que se ven en el frontispicio del templo representando á David, Salomon, Ezequías, Josías, Josafat y Manasés, obra así como el San Lorenzo de la fachada del célebre escultor Juan Bautista Monegro. Este gran patio de 230 pies de largo por 139 de ancho, tiene tres puertas que dan entrada al templo. La de enmedio solo se abre dos veces, una para que entre el hombre que es rey; otra para que entre el rey que es hombre. ¡Qué consideracion tan profunda y melancólica no ofrecen estas palabras! ¡Qué pensamiento tan religioso no se fija en la mente cuando se considera que aquellos goznes giran en dos ocasiones solas en una de ellas dando entrada al hombre que siendo rey penetra, poderoso, vivo; en otra haciendo paso al rey que es hombre y entra frío cadáver!

Cruzando por una de las puertas colaterales el templo de los templos, el templo mundo, el templo de Dios apareció á nuestra vista. Nuestros deseos se habian cumplido, llenándose nuestra esperanza. Respirábamos bajo aquella magestuosa bóveda, si es que el mortal puede respirar bajo ella. El corazón salta del pecho en aquel sitio para latir entre la magestad y grandeza de aquel lugar que la imaginacion no se crea, ni los deseos miden, ni los sentidos palpán, pero el corazón sí; el corazón elevado en las alas del misterio, embriagado con el perfume de santidad que á aquel templo rodea, no puede ménos de esclamar: ¡esta es la casa de Dios! ¡quien la hizo conocida á Dios! ¡quien la ve cree en Dios! Estas espresiones arrancadas en el fervor de la fe y en la exaltacion del entusiasmo dicen mas que cuanto yo decir pudiera. El hombre hizo esa obra, pero el hombre no puede describirla. Es empresa superior á sus alcances: el que crea en Dios imagine la casa que merece, y comprenderá cómo es el templo del monasterio del Escorial. Su largo es de 320 pies por 230 de ancho, incluyendo el bajo coro y sus dos capillas grandes laterales, las de las bandas Norte y Mediodía, y la mayor. El altar de esta es de nogal y bronce; la materia de todo el templo es de piedra berroqueña del mayor grano que se halló, su arquitectura dórica. El pavimento está solado de mármoles blancos y pardos. ¡Qué templo! ¡nada desdice en él! La magestad, la gravedad que eucierra infunde en el alma la emocion mas religiosa; dobladas las rodillas sobre aquellas losas frias, y la frente abismada en aquel sitio, parece oirse en él la penetrante voz que llamaba á Moisés; retumbar el trueno de Sináí, levantarse el leño grande de la cruz, obscurecerse el sol, abrirse los sepulcros y sonar la trompeta de Josafat. En este sitio es donde se comprende el bien del justo; porque es el reflejo de la gloria. Tambien el genio artístico, el genio de la antigüedad asalta allí. Recuérdanse las columnas de Corinto, las pirámides de Egipto, los sepulcros de la Siria y los anfiteatros de Roma. Está uno á las puertas de Madrid, bajo las montañas del Guadarrama y mojándose en el Manzanares, y cree uno hallarse á las orillas del Niéper ó del Tiber, sobre el Bósforo ó el Apenino, y respirando la brisa ardiente del Girgen ó del Cairo.

Despues de contemplar por mucho tiempo aquellas preciosas naves, cu-

yo silencio no solo interrumpido por las graves pisadas del ministro, que sobre el ara santa coloca una hostia pura en vez de una oveja ensangrentada ó por el golpear del pecho del ferviente colocado de hinojos delante de la imágen de su devoción; fué el coro desde el que la iglesia es el mas bello y encantador panorama, el lugar que cautivó nuestra atención insaciable. El coro es el coro de aquel templo. Esto es cuanto puede decirse con mas verdad y exactitud al examinarle. El fresco del techo representando la gloria eterna en que el Escelso está coronando á la inmaculada Virgen, y agrupados en derredor el eremita cubierto de pieles, el monje macilento por los silicios el mártir con la palma del triunfo, el confesor con la venda de la fe, el Señor vestido de púrpura, la virgen rodeada de lirios y el guerrero ceñido de laureles, es obra perfecta y acabada. ¡Qué pintura tan magnífica! todos los hombres que en la fe creyeron, que esperaron en la bondad y en la caridad se inflamaron están en ella rodeados de nubes. Ven bajarse indistintamente los destellos de la divinidad, lo mismo sobre la diadema de oro del príncipe, que sobre la guirnalda de cespéd del pastor, sobre la frente de la virgen que sobre el regazo de la madre, sobre la espada del guerrero que sobre la lira del poeta. ¡Oh, y cuánta verdad contiene! La sangre del justo ha redimido á todos los hombres; las aguas del bautismo á todos han abierto las puertas del cielo.

Los órganos, el facistol que pesando 500 arrobas gira al impulso de un solo dedo; los libros religiosos escritos á pluma sobre las pieles, de tantas terneras muertas estraidas del vientre de la vaca degollada, cuántas son las hojas de que se compone, y la graciosa araña de cristal de roca que pesa mas de 16.000 libras, son todos objetos del mayor gusto y riqueza. Pero la sillería, compuesto cada sitio de siete clases de maderas distintas y de las mas estimadas, es sorprendente.

A la derecha del coro hay una puerta, en cuyo dintel se colocaba el monarca, fundador del edificio, siempre que asistía á los rezos y oraciones de la comunidad, desdeñando todo otro puesto, y en cuyo sitio se dice se encontraba cuando sin inmutarse escuchó la noticia de la victoria de Lepanto. Pues bien; junto á esa puerta está un pequeño camarín en que se admira un precioso crucifijo de marmol blanco con cruz de pórfito. Su apostura es noble y propia; sus facciones delicadísimas y espresando los dolores de que el corazón estaba lleno; el pecho parece que le late á la vez de alegría al ver al hombre redimido, y le pena al prever su ingratitude; sus ojos véseles irse amortiguando, cubriéndoles poco á poco el velo de la muerte. El escultor encuentra en tan preciosa esfigie una obra maestra que imitar; el anatómico un perfecto modelo donde estudiar, y el cristiano la imágen de su Dios muriendo por salvarle; y arrebatándole el corazón implorando su misericordia. Lástima es que obra tan acabada y hecha solo de una pieza, tenga en la actualidad los brazos pegados. Ellos fueron rotos por los que atravesando el Pirineo trataron de robarnos al principio de este siglo nuestra independencia. Si sus esfuerzos se estrellaron contra el valor español, la envidia al ménos les quedó para arrancar y dejar imperfectas sus principales concepciones y trabajos.

Este Santo Cristo, dícese además que tiene de extraordinario que cambia de color á manera que falta la luz del sitio en donde se halla. Yo pasé por esa prueba; mas como no la repetí, no me atrevo á consignar su certeza, temiendo que lo que ví fuera efecto de la ilusion que tenia.

En la iglesia y en la nave correspondiente al lado de la epístola hay

una puerta que conduce al panteon de nuestros reyes, Aquel panteon es verdaderamente la morada de los reyes, y el sepulcro de los hombres. Por eso se observa en él á la par que la suntuosidad y riqueza debida á los augustos personajes que contiene, la tristeza y melancolía propias del estado en que se encuentran. Se respira en ese recinto el humo de fausto y á la vez se siente el frio de la muerte. El panteon es una alfombra recamada de oro, pero que está en su centro rota: es un cristal diáfano hermosísimo, pero que al través de la luz deja solo ver sombras: es el águila de los aires superando las rocas, pero herida en el corazon. Su forma es la de un ocho de 36 pies de diámetro y 38 de altura, y todo él, lo mismo que la escalera por donde se baja, cubierta de jaspes y mármoles de gran pulimiento con adorno de bronce dorado y arquitectura de orden compuesto. Su colocacion encierra un misterio; situado debajo del altar mayor parece indicar el cielo y la tierra; las grandezas de aquel, esplendorosas, eternas, y las de estas débiles, transitorias; el poder del hombre que una piedra encierra, y las esperanzas del hombre rompiendo esa piedra, saliendo de una tumba para elevarse al cielo, único objeto de su creacion y de su porvenir. En el octángulo que hace frente á la entrada se eleva el altar que consiste en dos columnas estriadas de piedra verde con mezcla blanca y pilastras detrás: leyéndose en la targeta del frontispicio esta inscripcion RESURRECTIO NOSTRA. Sobre una gran losa de pórfido que ocupa el medio entre las columnas hay una gran cruz de mármol negro y en ella un precioso Crucifijo de bronce dorado que se cree obra del escultor Pedro Tasea. La araña de bronce que cueiga del florón del medio es de un admirable trabajo y estilo severo ejecutada por Virgilio Tanelí.

A ambos lados del altar, colocados de cuatro en cuatro y separados por pilastras corintias, se hallan los sepulcros que contienen los restos mortales de los reyes de España y de las reinas que han muerto dejando sucesion. La izquierda la ocupan estas, empezando por la emperatriz Doña Isabel y concluyendo por Doña María Luisa de Borbon: la derecha la ocupan aquellos.

Cárlos I el vencedor de Pavía y de Milan: el que deseoso de vencer y no teniendo enemigos, se venció á sí mismo, dejando la púrpura por la cogulla de Yuste, ocupa el primer sarcófago. Felipe II. á cuya ambiciosa cabeza no bastaba la corona de dos mundos, ese príncipe de corazon duro á la par que de alma piadosa, tiene sus cenizas al lado de las del emperador su padre. Los yertos despojos de los dos Felipes III y IV y los de Cárlos II, tambien estaban allí. Cárlos III, ese padre de sus pueblos, ese príncipe justo, rodeado siempre de los consejeros mas sabios, tambien está en un sepulcro, calientes todavía sus restos con las lágrimas que al morir se sobre ellos vertieron las ciencias, las artes, los españoles. Su hijo el en extremo bondadoso Cárlos IV le sigue; y Fernando VII, ese rey á cuyo nombre se levanta la España, ve por seis años ensangrentada la luna en su horizonte, desafiar al coloso de la Europa, arrancar los laureles de la imperial águila para enlazarlos en las crines del magestuoso leon, murió igualmente y yace al lado de sus abuelos. Existe junto á la urna de este último monarca otra, que al verla sentimos el dolor que sufren los hijos cuando piensan en la muerte de sus padres. Es el sepulcro que un dia contendrá los restos de la preciosa, de la angelical Reina Doña Isabel II. A pesar de su hermosura, de su edad temprana, aquel sepulcro está abierto, aquel sepulcro ha de encerrar las frias cenizas de la que es hoy esperanza de mil corazones, y glo-

ria de otros tantos pueblos. Al pensar nosotros en esta idea, terrible, sí, pero verdadera y de fe, volvimos el rostro hacia el Crucifijo y exclamamos: «Señor, si en medio de este lugar, testimonio auténtico de la poquedad y miseria del hombre, pueden llegarte los votos del último mortal del universo, no detengas la carrera á ese naciente astro que camina á su cenit, llenando de resplandores el horizonte de España: no cortes el tallo á esa rosa fresca, abierta para embalsamar los aires de esta nación que respira en la atmósfera mefítica de las pasiones y de los partidos: no pares el vuelo á esa paloma cándida, bajo cuyas alas se cobijan hoy todos los buenos españoles. Déjale que llegue al Ocaso, que crezca hasta el invierno, que remonte su vuelo hasta la esfera, haciendo la ventura y la felicidad de los pueblos que rige, y pues que ha de morir, muera entónces, Señor, pero muera llevando á este sepulcro que le está destinado la admiración de la Europa, el llanto de sus vasallos, la veneración de la posteridad, las alabanzas de la historia y las misericordias del cielo.»

En vano por mi parte sería intentar describir las innumerables bellezas que encierra este real monasterio en todos sus sitios y todos correspondientes á la magestad y gravedad de su destino. Después de visto el templo, el coro, el panteón, la linda biblioteca, ¿qué queda por ver? ¿qué por admirar? Mucho todavía; pero que la brevedad con que las examinamos y la extensión ya demasiada de este artículo nos hace renunciar á describirlas. Baste decir que la sacristía es hermosa, preciosos los ornamentos y mas precioso aun el inimitable cuadro de las Santas Formas de Coello; la sala capitular y los espaciosos claustros están cubiertos de excelentes pinturas debidas á Ticiano, Tintoretto, Rivera, ó el Españolito, Rubens, Alonso Cano, Pablo de Veronés y otros. El Relicario es rico y abundante en esos objetos, cuyo mérito los sentidos no comprenden, pero que el alma siente derramándose por toda ella el bálsamo de fe que mitiga las ansias del corazón. El palacio morada de nuestros reyes en cierta estación del año es rico en preciosos tapices y en otros objetos de gusto y elegancia. Y ya que del palacio hablamos permítasenos recordar la pobre silla y la tosca mesa que sirvió de uso al rey fundador del monasterio en sus últimos años de existencia. Nosotros nos sentamos sobre aquella misma silla en que tantas veces lo estuvo afligido de dolores el monarca tan alabado por unos, tan rebajado por otros. En aquellos momentos á nuestra imaginación apareció la sombra de un hombre grande y de un monarca fuerte.

Salimos del Escorial con pena. Dejábamos aquel sitio que tantos momentos de fe, de veneración y de entusiasmo nos había producido: íbamos ya distantes del pueblo, veíamos alejarse de nosotros aquel monasterio mundo y los ojos se arrojaban á él para contemplarle un instante mas.... un momento después las vueltas que dábamos para subir á Navacerrada nos hicieron perder de vista ese maravilloso edificio. La memoria vino entónces á apoderarse de su recuerdo y la esperanza á alimentar la dulce ilusión de que jóvenes nuestras frentes todavía no sería la última vez que se prosternaran ante la vista del templo de San Lorenzo.—Setiembre de 1843.

M. M. SANCHEZ UGARTE.
(Her.)

MAGNETISMO.

La señorita doña Angela Grassi es bien conocida en Barcelona por sus producciones literarias que han sido aplaudidas por cuantos las han leído ó visto representar sus dramas. Pero hasta ahora solo habíamos admirado su talento en composiciones hechas estando despierta, mas en adelante se hará admirable y célebre por lo que escriba durmiendo. Si, durmiendo un sueño magnético que lejos de debilitar sus facultades intelectuales parece las entona y eleva, nosotros mismos la vimos ayer noche escribir con los ojos cerrados la siguiente poesía, cuyo mérito dejamos que juzguen nuestros lectores, y la escribió con tal velocidad, que á escepcion de dos ó tres cortísimas pausas, apenas hubiera podido hablar con mas rapidez de la con que escribía. Unos dias antes sabemos por testigos que escribió de seguida y sin descansar unas veinte caras de poesía correcta que hemos visto, y tal vez publicaremos dentro poco.

Por hoy no queremos estendernos sobre varios fenómenos magnéticos que vimos, y nos dejaron pasmados. Deseoso de contribuir sinceramente al descubrimiento de la verdad en este como en otro asunto cualquiera pensamos recoger nuevos datos para poder sostener en todo caso una polémica científica acerca del magnetismo. Por los demas escitamos nuevamente como otra vez lo hicimos á otras academias científicas, las médicas sobre todo, á que entren en el exámen de las importantísimas cuestiones á que esta materia da lugar, y son desde hace algun tiempo objeto de todas las conversaciones y tanto mueven la curiosidad general.

Hé aquí la poesía de que llevamos hecha mención:

Era la noche: el trueno retumbaba,

El relámpago cruza el firmamento,

A lo lejos el mar sordo bramaba

Y en las ramas mugir se oía el viento.

Todo era en torno horror: y un negro velo

Cubria tristemente la natura,

Al parecer se desplomaba el cielo,

Inundando con furia la llanura.

Todo formaba ese confuso estruendo

Que nos llena de luto y de pavor,

Solo la voz del huracan tremendo

Sublime retumbaba en derredor.

Tal vez el universo moribundo,

No resiste esta lucha desastrada,

Y espera que le grite el Dios del mundo:

De la nada salió, vuelve á la nada.

Entretanto ligera navecilla

Navegaba á merced del huracan,

Rotas mira sus velas y su quilla,

Que en las olas bien pronto se hundirán.

Ay! juguete de los vientos

Ya parece, ya se abate;

De las olas al embate

Sin cesar espuesta está.

Ya la gente resignada

Espera la horrible muerte

¡Cuál será su triste suerte!

Infelices, cual será!

Mil relámpagos se cruzan,

Brama el mar y ruge el trueno,

Tan solo alumbra aquel seno

De algún rayo el resplandor.

Y la mística plegaria

Que entonaba aquella gente,

Se perdía en el ambiente

Sin llegar hasta el Señor.

Cuan horrible es el instante

En que el alma suspendida

Entre la muerte y la vida

Divisa la eternidad!

Solo entonces el Ateo

A un Dios reconoce é invoca

Y las palabras revoca

Que soltaba en su impiedad.

Pero entretanto la nave

Por los vientos impelida

Será pronto sumergida

En los abismos del mar.

Ay de mí! no hay esperanza,

Su ruego no escucha el cielo,

Los gritos de desconsuelo

Do quier se oyen resonar.

Se divisa en la playa arrodillada

Una jóven hermosa y solitaria;

Que contempla la nave desgraciada

Y entona al Dios del cielo esta plegaria:

Oh tú, Señor del mundo,

Tú árbitro supremo.

En este lance extremo

Escucha mi clamor.

Oh tú, cuya mirada

Rige la tierra y cielo,

Acúdeme en mi duelo,

Piedad de mí, Señor!

Pues à tu voz se rinden

Todos los elementos
 Apaga de los vientos
 El soplo funeral.
 Soy una pobre niña
 Que por su padre llora;
 Y tu poder implora
 En noche tan fatal.

Mira el ligero esquife
 Que lleva mi esperanza,
 Un rayo de bonanza,
 Descienda sobre él.
 Juguete de las olas
 Vaga en el mar perdido,
 Al padre mio querido
 Espera muerte cruel.

Oh! por piedad le salva!
 Escucha el ruego mio!
 Solo en tu amor confio
 Tan solo espero en tí.
 Contéplame llorosa,
 Bañada en triste llanto
 Y en mi fatal quebranto
 Apíadate de mí.

¡Ay! ay! que el viento arrecia
 La nave está perdida.
 Oh! tómame mi vida
 Y sálvame; Señor!
 Haz que no oiga el grito
 De un padre moribundo,
 Piedad! Señor del mundo,
 Piedad! Piedad! Favor!

Y ese grito tal vez se confundia
 Del temporal con el acento hueco.
 Y allá á lo lejos repetir se oía—
 Piedad, piedad... con flébil voz el eco!
 La natura soltó triste gemido
 Como quien acompaña su plegaria,
 Solo del viento el funeral zumbido
 Resonaba en la playa solitaria.

Mas ¡oh dicha! el Señor del Universo
 Ha escuchado la mística oracion!
 Oh nave, se cambió tu sino adverso
 Mil querubes te traen la salvacion.
 Se calma el viento, el trueno no retumba
 Escucha el mar la voz de su creador,
 Y el esquife que viera en él su tumba
 Se aproxima à la orilla sin temor.

Ya llega, ya se acerca, está salvado,
 Y la jóven con júbilo abrazaba,
 A aquel padre por quien había llorado
 Cuya muerte fatal ya presagiaba.

En completa alegría trocóse el duelo
 Y todos rinden gracias al Señor,
 Estendidas las manos hácia el cielo
 Entonaron un himno en su loor.

Oh gran Dios! solo consuelo,
 Solo bien del afligido.

Sea tu nombre bendecido,
 Por cuantos alumbra el sol.
 Pues aquel que en ti confía
 Jamás te suplica en vano,
 ¡Quien no conoce tu mano
 En el hermoso arrebol,

Que colora la mañana!
 Y en el sol esplendoroso,
 Y en el mar tan borrascoso,
 Y en el rayo que brilló!
 Pero si tal vez severo
 Tu mirada al mundo aterra,
 Cuantos bienes en la tierra
 Esa mirada esparció!

Gracias pues, Dios poderoso,
 Consuelo del afligido,
 Tú del pecho agradecido
 Recibe el justo loor!
 Y en las edades futuras
 Sea por siempre adorado;
 Gloria al Dios de lo creado!
 Gloria al Dios de paz y amor!

Angela Grassi.

A ISABEL SEGUNDA.

No en dulce lira ni armonioso canto
 de tus dichosos dias la memoria
 Isabel cantaré; mas alta gloria
 cumple al vate español, deber mas santo.

Recuerda ¡oh Reina! que en amargo llanto
 de ti espera una dicha no ilusoria,
 esta nacion que vivirá en la historia
 ornada con los timbres de Lepanto.

Angel consolador, tú el ceño adusto
 con tu inocencia borras del alevé
 que el ofenderte concibió sin susto,

Y acallas pura con tu acento leve
 de la ambición el alarido injusto
 y el ruin clamor de turbulenta plebe.

C. S. Bravo.

Revista de Teatros.

El juéves 21 del pasado puso la compañía en escena la ópera en 2 actos del célebre Bellini *La Sirañiera* y aunque su mérito es innegable, el efecto que produjo su representación actual no fué muy satisfactorio. Todos los cantantes se esmeraron, pero apesar de sus esfuerzos no consiguieron el resultado que hubieran apetecido: el público oyó la ópera en general con frialdad, y solo en la *preghiera* que canta la Sra. Mancini en el acto 2º manifestó su agrado, y en uno de los arrebatos del Sr. Bertolasi, que persuadido de que quien mas grita tiene mas razon, nos prodiga mas de lo necesario los puntos fuertes que le son favoritos. En honor de la verdad diremos que el Sr. Bastogi cantó bastante bien el papel de *Valdeburgo*, por ser propio á su cuerda de baritono.

Nada diremos en cuanto al vestuario y aparato escénico, pues fué, como siempre, mezquino, impropio y sin ofrecer la menor novedad. La empresa para ahorrar gastos, tambien ahorra al público el gusto y la afición de asistir á las óperas. ¿Quién sale perdiendo de los dos?

Sábado 23 de noviembre. — La Sra. Aguiló dió para su beneficio con el acto 1º de los *Puritanos* y el segundo de *Marino Faliero*, algunas piezas, cuando no nuevas, de buen gusto. El público quedó contento de su eleccion: aplaudió al Sr. Pons en su *cavatina* de *Saffo*, que apesar de no ser para su voz de bajo profundo, la cantó con expresion y afinada exactitud. Tambien fué aplaudido el *Duo* de la *Gemma* que cantaron la dicha Aguiló y primer tenor Bertolasi, donde este se llevó la mayor parte de la celebridad, por su fuerza de voz, y lo sostenido de sus puntos agudos, que son los que suplen en él otras faltas que no está en su mano evitar.

Volvió el Sr. Calonge á cantar el *aria* del fanático por la música, con buen resultado. Por último solo hubo un pequeño disgusto en el *duo* de la *Semirámide* que volvió á cantar la señora Fiorati con su consorte el Sr. Calonge. Como el público es muy consecuente, y se le ofreció la semana anterior que las piezas por dicha señora no se volverian á cantar, al ver quebrantada esta promesa se alteró algun tanto, y manifestó su desagrado de una manera algo brusca... usó en fin de su derecho... y en estos casos

la persona paciente no tiene mas remedio que llamar en su auxilio la filosofía y la paciencia.

Sábado 30. — El Sr. Pons, bajo cantante, dió para su beneficio el segundo acto de *Lucrezia Borgia*, y el tercero de *Marino Faliero*, intermediados de una lucida academia de las siguientes piezas. *Cavatina de la Saffo por el agraciado*, en la que volvió á ser aplaudido. *Duo del Belisario*, por la Sra. Mancini y el Sr. Bastogi. Asi dicha señora como el referido Bastogi, desempeñaron esta bella y difícil pieza á satisfaccion del público, como pudieron conocerlo por el aplauso que les dispensó. *Aria de Mr. Lebrós por el Sr. Rauret*, la cual es su caballo de batalla, y puede con razon decirse que le está bien adecuada á su voz. *Duo del Otelo por los Sres. Bertolasi y Calonge*. El mencionado Bertolasi luce en esta su privilegiado pulmón: toda su escuela consiste en esforzar los puntos agudos á que con facilidad alcanza, pero este exagerado estilo despues de perjudicar á las facultades del cantante, pierde su mérito si se prodiga; porque asi como el mucho dulce empalaga, pueden los sentidos resentirse de tan continuos alaridos... Cuidado con malograrse, *signor primo tenore*. El Sr. Calonge nada hizo digno de ser mencionado. Puso fin á la academia el duo de las pistolas de la *Chiara de Rosenberg*, por los dichos Pons y Bastogi, y su resultado fué favorable para los dos cantantes. Sin embargo, un poco mas de movimiento y juego escénico, y nada hubieran dejado que desear.

La concurrencia aunque no muy numerosa quedó contenta de la funcion, y nosotros que apreciamos el talento y la aplicacion del beneficiado, le felicitamos por los aplausos que logró y la buena eleccion que tuvo.

CRONICA TEATRAL.

En Copenhague, capital de Dinamarca se va á crear un conservatorio real de música, para lo cual el rey Cristiano VIII ha dado las órdenes correspondientes.

— La compañía de ópera de Valladolid se ha estrenado con *Lucrezia Borgia*, mereciendo la aceptacion de aquel público la señora Campos, primera dama tiple española, de aventajado mérito, y el Sr. Moya, bajo profundo. El tenor Confortini padece una enfermedad que le impide cantar cual quisiera, y segun lo ha hecho en otras épocas.

— El tenor Moriani, contratado para el teatro de la Cruz de Madrid, debutará con *Lucrezia Borgia*.

— El célebre pianista Franz Listz dió un concierto el dia 21 del pasado en el teatro del Circo (Madrid) á beneficio de los establecimientos de beneficencia. Aun cuando la entrada no fué llena, produjo 16000 rs.

— En el teatro frances se ha representado con muy buen efecto un drama en 3 actos y en verso titulado *El tejedor de Segovia*, de M. Hipólito Lucas. No sabemos si será composicion enteramente original, traduccion ó imitacion como otras muchas de nuestro teatro.

— En el teatro de Variedades (Madrid) se ha representado el

drama en 3-actos y en verso Justicia Aragonesa, original de don J. Aiba, primer galan de aquella compañía y ha sido recibido con general aplauso.

= Cuasi todos los periódicos de Madrid se ocupan del triunfo que ha conseguido el tenor español D. Pedro Unánue, en el gran teatro de San Petersburgo, cantando el Elixir d' Amor, al lado de las notabilidades de la época, que son Rubini, Tamburini, Róvere, y la acreditadísima Paulina García, también española. Gloria y prez al artista cuyo mérito y aplicación honra el suelo en que nació. Goce en extrañas naciones las ventajas que se merece, y que nunca serian bien apreciadas por las empresas de España que desechan lo bueno del país, y pagan á buen precio lo peor que le mandan de estrangis.

= El teatro de Zaragoza ha salido á pública subasta. Este es el mejor medio, el mas legal, para sacar buen partido y evitar pastelemientos.

= A los corresponsales que envian desde Palma sus noticias á la Iberia musical y literaria, les suplicamos que sean un poco mas exactos. En dicho periódico del 17 de noviembre último se lee que Bertolasi cantó el conde de Almaziva en el Barbero... siendo así que fué desempeñado este papel por el altro primo tenore el Sr. Rauret. Nunca conviene, ya hablen en pro ya en contra, que se adultere la verdad de los hechos.

= En Valencia ha gustado altamente la prima dona Franceschini Garis, que hizo su primera salida con la Gemma. El tenor español, Sr. Gomez, la secundó maravillosamente y ambos cogieron rica cosecha de honrosos aplausos.

